



Pesimismo del pensamiento económico moderno

Simón Andrés Idrobo

Resumen Abstract

El objetivo fundamental del ensayo es el de dar cuenta, a través de una mirada crítica, de algunas de las relaciones conceptuales y empíricas del pensamiento económico dominante y sus consecuencias en términos de las realidades sociales y materiales a las cuales estamos sometidos actualmente y a las que se nos prepara para el futuro. De igual forma, no pretendo representar a ninguna escuela del pensamiento económico, el único «ismo» que reivindico es el del humanismo, buscando en cada cosa lo que tiene sentido humano, y en todo acto, lo que involucra lo humano, por cuanto considero que es un doble reduccionismo el que gobierna hoy los asuntos del planeta, y lo constituye la reducción de lo político y lo social a lo económico, y todo lo económico a lo financiero.

The main objective of this paper is to give an account (by means of a critical perspective) of some of the conceptual and empirical relations of the dominant economical thought and its consequences in terms of those social and material facts to which we are currently subjected and for which we are being prepared. On the other hand, I do not intend to be a representative of any school of economic thought, I only vindicate the 'ism' in humanism, trying to search in everything whatever has human sense, and in every act, that which involves the human side. This is because I believe that a dual reductionism governs the planet: the reduction of the political and the social to the economic and the reduction of the economical to the financial.

Palabras clave Key words

Pensamiento Económico, Modo de Producción, Empresa, Economía Crítica.

Economical Thought, Way of Production, Enterprise, Critical Economics.



Introducción

Este ensayo es el fruto de lecturas y reflexiones que he venido elaborando desde hace algunos años; la materialización de este esfuerzo intelectual, es posible gracias al requisito exigido en el módulo Fundamentos de Economía de la Especialización en Gerencia de Proyectos. El objetivo fundamental del ensayo es el de dar cuenta, a través de una mirada crítica, de algunas de las relaciones conceptuales y empíricas del pensamiento económico dominante y sus consecuencias en términos de las realidades sociales y materiales a las cuales estamos sometidos actualmente y a las que se nos prepara para el futuro. De igual forma, no pretendo representar a ninguna escuela del pensamiento económico, el único «ismo» que reivindico es el del humanismo, buscando en cada cosa lo que tiene sentido humano, y en todo acto, lo que involucra lo humano, por cuanto considero que es un doble reduccionismo el que gobierna hoy los asuntos del planeta, y lo constituye la reducción de lo político y lo social a lo económico, y todo lo económico a lo financiero. Entre la lógica de lo viviente y la del dinero se juega el porvenir del mundo y de permitirse este estado de cosas, es decir, que los mecanismos de mercado dirijan solos el destino de los seres humanos y el de su medio natural, así como también el monto y la utilización del poder adquisitivo, tendrían como resultado la destrucción de la sociedad. Como cualquier ejercicio intelectual, las ideas que intento concretar no son dogmas, están, por supuesto, sometidas a debate público y a la crítica de cada quién.

1. Transformaciones sociales

Durante las últimas décadas, las sociedades contemporáneas han sufrido numerosas transformaciones sociales. De todos estos cambios, tres me han interesado como docente en una Facultad de Ciencias Contables, Económicas y Administrativas: 1) La hegemonía de lo económico; 2) El culto a la empresa; y 3) La influencia creciente del pensamiento gerencial sobre las mentalidades.

Esta constatación, como es evidente, tiene consecuencias sobre la dinámica y el tipo de sociedad que estamos construyendo. Desde hace casi dos siglos, con el nacimiento de la revolución industrial, la afirmación de la Razón y del Progreso, y las grandes revoluciones políticas americanas y francesas, estamos en una sociedad que se mueve al ritmo del crecimiento económico y de las aspiraciones democráticas. Este proceso socio-histórico, que surgió primero en Occidente,¹ ha invadido de tal forma el mundo entero que,

¹ A Max Weber se le debe la principal reflexión comparada sobre las particularidades del capitalismo occidental (1991). Después, esta singularidad fue destacada por





recientemente, el filósofo americano Francis Fukuyama, inspirado en Hegel, se atrevió a concluir el fin de la historia (1992). Se puede recordar aquí también la expresión empleada por Joseph Schumpeter para caracterizar la dinámica capitalista: «La destrucción creativa».

La hegemonía de lo económico que presenciamos en nuestras sociedades está basada en cierta lógica: La lógica capitalista. La cual no se ha caracterizado jamás por un humanismo desbordante. Pensadores tan diferentes como Adam Smith, Karl Marx, Alexis de Tocqueville, John Stuar Mill, Max Weber, Emile Durkheim, León Walras, Thorstein Vablen, Joseph Schumpeter, Karl Polanyi, Francois Perroux, Fernand Broudel, Raymon Aron y Jhon Maynar Keynes, lo han señalado a su manera, en sus escritos, en un momento dado. De igual forma, esta lógica está fundada sobre la propiedad privada, el juego de los intereses personales, la búsqueda del beneficio y de la acumulación se han impuesto en todas partes y poco a poco. En los últimos años la caída del muro de Berlín, el fracaso de las soluciones colectivistas y la crisis del estado benefactor no han hecho más que reforzarla, dando un lugar, cada vez más central, a las lógicas financieras. Algunos de nuestros contemporáneos –estimando que en lo sucesivo este funcionamiento responda al orden de la naturaleza– se han atrevido a exhortarnos a confiar, de ahora en adelante, nuestros destinos personales y colectivos al poder invisible de los mercados y, en particular, al de los mercados financieros donde el actor principal es el homo economicus, prototipo afirmado y confirmado de la naturaleza humana.

Este triunfo de las ideas capitalistas como categoría dominante del pensamiento económico y del mercado como modo de regulación de los intercambios, tiene como efecto inmediato dar lugar central a la empresa. «Hay capitalismo – nos recuerda Max Weber – allí donde las necesidades de un grupo humano se satisfacen económicamente por intermedio de la empresa, sin importar la naturaleza de la necesidad». En el transcurso de los últimos años, este papel tradicionalmente otorgado a la empresa se ha unido con la celebración, particularmente entusiasta, de ésta, culto hasta entonces desconocido en la mayoría de las sociedades capitalistas industrializadas.

En efecto, considerada la empresa durante mucho tiempo por la mayoría de las personas como un lugar de explotación, dominación y alienación, se ha convertido, si se da fe a los numerosos discursos que circulan hoy, en la institución por excelencia, fuente de riqueza y de cultura,

otros historiadores, sociólogos y economistas como Aron (1967), Baechler (1995), Kennedy (1989), Jones (1981), Braudel (1979), Wallertein (1985) y Schumpeter (1984), por no citar sino éstos.



capaz de resolver la mayor parte de los problemas que debemos enfrentar. Este culto a la empresa ha tenido, a mi manera de ver, dos consecuencias importantes: la difusión masiva de los discursos y de las prácticas administrativas en medios que siempre estuvieron alejados del «espíritu administrativo», y el aumento considerable del número de estudiantes de administración en casi todo el mundo. Al conjugarse estos dos fenómenos, ha surgido una sociedad que podría calificar de gerencial, en cuyo interior el que administra u homo administrativus, se convirtió en una de las figuras dominantes de la sociedad contemporánea. La esfera de la vida privada también ha sido invadida. Ya no expresamos emociones, las gerenciamos lo mismo que la disponibilidad del tiempo, nuestras relaciones, nuestra imagen, y hasta nuestra identidad. El «gerencialismo» y el «economismo» como sistemas de descripción, explicación e interpretación del mundo a partir de las categorías de la Administración y de la Economía, están firmemente inscritos en la experiencia social contemporánea. Lo anterior es producto de ideologías explicadas por economistas y administradores, que buscan racionalizar todas las esferas de la vida social (capitalismo gerencial). Se nos presenta un orden económico (realidad codificada) actual, como algo contra lo cual no se puede hacer nada, que está íntimamente ligado a la naturaleza del hombre o sometido a leyes internas objetivas e inmodificables, o bien, como una etapa conducente a un orden envidiable que sólo puede ser bueno, de donde se desprende que hay que trabajar para eliminar las barreras que obstaculizan el camino de la felicidad. En este sentido, no debe perderse de vista que son las ciencias humanas las que explican la naturaleza humana y una mínima parte de su comprensión está atravesada por significaciones y valores económicos y administrativos.

2. Visión panorámica de la evolución del pensamiento económico

Para una comprensión del pensamiento económico dominante son oportunas algunas reflexiones sobre la historia y las características de esta disciplina. Es conveniente considerar, ante todo, los orígenes de esta ciencia. Porque siempre han existido hechos y procesos económicos, pero no siempre ha habido una ciencia de la economía, en el sentido en que se entiende actualmente el conocimiento científico. En efecto, previo al surgimiento de la ciencia económica moderna, los hechos económicos fueron objeto de reflexiones insertas en un marco de pensamiento filosófico, en que lo esencial consistía en la determinación de la eticidad de los comportamientos económicos a través de la formulación de normas morales, aptas para distinguir aquellas actividades que se conforman al derecho natural y a la razón universal, de aquellas que merecen reparos o constituyen una deformación de las personas y de los poderes públicos con concepciones de los asuntos humanos con fuertes cargas ideológicas.





La economía, reconocida como ciencia, no comienza, sin embargo, con una ruptura radical respecto de los precedentes enfoques doctrinarios, en cuanto sus primeros teóricos considerados «clásicos» – Cantillon, Smith, Ricardo y Mill -, parten de una interrogante que ha de entenderse todavía como filosófica, cual es aquella que pregunta: ¿en qué consiste la riqueza?, ¿cuál es su naturaleza última y esencial?

La respuesta que ellos dan a la cuestión, es la que abre un campo de reflexión susceptible de ser abordado con un instrumental analítico diferente, al que sea posible atribuirle un carácter científico. La economía nace, en efecto, con el descubrimiento de que la riqueza no consiste en el oro, ni en la tierra, sino que es producto del trabajo humano. La ciencia económica, en efecto, comienza estudiando el trabajo como fuente de riqueza, cuando se percibe que es el trabajo quien otorga valor económico a los bienes, servicios y factores con que son satisfechas las necesidades humanas.

Tal formulación del problema económico estableció definitivamente una relación esencial entre la riqueza y la actividad humana, de manera que el campo de la economía quedó secularizado y «desnaturalizado», esto es, considerado independiente tanto del orden religioso como del orden natural, y definitivamente instalado en el ámbito de las relaciones y actividades constituyentes del orden social.

La economía se configura así, desarrollándose por toda una primera fase como una ciencia social y política cuyo objeto propio no es otro que el orden social, a saber, el sistema concreto de las actividades y relaciones económicas, políticas y culturales de las clases y los grupos sociales. Más específicamente, en sus orígenes, la ciencia económica o «economía política» es una ciencia del Estado, y no sólo en el sentido de que el Estado interviene en el sistema económico y lo regula, sino, más profundamente, en cuanto siendo el Estado el que construye y mantiene el orden social, es el verdadero constructor del mercado, determinando dimensiones nacionales.

En la economía «neoclásica» la disciplina se presenta como estudio de un espacio particular de relaciones económicas «puras», separadas, al que se atribuye un grado de objetividad que lo hace susceptible de un conocimiento científico exacto.²

² A. Marshall sostiene: «No es preciso recurrir a disposiciones escolásticas para averiguar si una consideración determinada entra en el campo de la Economía. (...) Si se trata de un punto acerca del cual existen opiniones divergentes, que no pueden contrastarse a la luz de los conocimientos exactos y bien establecidos, si es un punto con respecto al cual los principios generales del análisis y del razonamiento económico no pueden aplicarse, no los tendremos en cuenta en estos estudios, que son puramente económicos». (Alfred Marshall, Principios de Economía, Aguillar, Madrid 1957, pag 25)



En la fase «neoclásica» la ciencia económica intenta desvincularse de la filosofía y de la política, y adopta formas que tienden a configurarla según el modelo de las ciencias naturales, cuya estructura cognitiva había alcanzado los más elevados niveles de prestigio a partir de su demostrada eficacia práctica, tecnológica, resultante de su estrecha vinculación con la producción y la industria.

Pero la desvinculación que logra la economía – al igual que las demás ciencias sociales de la época – respecto de la filosofía y sus problemas, es más formal que sustancial; en realidad estas disciplinas se desarrollan en esta fase como una especie de «fragmentos subordinados» del positivismo, una filosofía que busca superar la crisis a que habían llegado las filosofías racionalistas precedentes, pero que presenta serias deficiencias epistemológicas. Esta dependencia de la economía respecto de la filosofía determinó que la problemática filosófica se mantuviera presente en ella, aunque sin ser reconocida explícitamente y sin ser tratada con el rigor propio de la filosofía.³ Evidentemente ninguna conclusión general, teóricamente relevante, puede formularse sobre la base del hecho histórico concreto de que la mayoría de los economistas fundadores de las principales corrientes de la disciplina no hayan desplegado sus reflexiones teóricas en dependencia estrecha con sus preocupaciones empresariales, administrativas y políticas. Pero lo cierto es que sus obras, por más que lleven habitualmente por título expresiones tales como: «Teoría General» y «Principios Generales», tienen siempre el sello de lo particular, y no logran entroncar con los temas universales del conocimiento, del hombre y de la sociedad.

Pero al mismo tiempo, impactada por el éxito de las ciencias naturales, la economía tiende a imitar sus métodos, buscando legitimar su propia cientificidad, sobre la base de la semejanza que logra con el modo de ser de las ciencias exactas.

Esto se manifiesta en algunas características de la ciencia económica que pueden sintetizarse en cuatro aspectos:

³ La ciencia económica no se caracteriza precisamente por el rigor epistemológico ni por su coherencia interna, los grandes teóricos de la economía, si bien han tenido todos ellos una formación filosófica, no han sido propiamente filósofos o intelectuales que se hayan concentrado profundamente en el estudio de los problemas del conocimiento y la racionalidad. R. Cantillon era banquero. F. Quesnay fue un médico cirujano. W. Petty era funcionario público. A. Smith era estudioso de la historia y del derecho. D. Ricardo era un hombre de negocios. J.S. Mill era filósofo pero con una preocupación parcial por la economía. K. Marx era un pensador de vasta y elevada cultura histórica y filosófica. A. Marshall era profesor investigador de excelente formación matemática. L. Walras era ingeniero de minas. J.M. Keynes profesor de economía, funcionario público.





- ♦ Se busca la explicación de los fenómenos y procesos económicos a través de la formulación de «leyes» causales, lo que implica suponer que su objeto de estudio funciona y se desarrolla con regularidad, automatismo y repetitividad.
- ♦ Se construye un nexo entre los tres elementos básicos de la ciencia, a saber, método, datos y teoría, análogo al de las ciencias naturales (que implica fundamentalmente atribuir objetividad a los datos, codificar normas metodológicas supuestamente rigurosas y construir la teoría por acumulación de hipótesis particulares. Esta estructura cognoscitiva, que fuera elaborada en el estudio de fenómenos relativamente simples como los de la mecánica, conduce a una excesiva simplificación del conocimiento de los complejos fenómenos económicos y sociales.
- ♦ Se verifica una fuerte tendencia a la matematización del conocimiento económico, y casi a la creencia de que sólo es científico y verdadero aquello que es matemáticamente formulable y medible. Se tiende a considerar científicamente relevante lo cuantificable en variables y parámetros, y a no prestar atención a otros aspectos de la realidad económica y social (como los comportamientos, los modos de pensar, de sentir y de actuar de los individuos y grupos) que aunque no sean susceptibles de mediciones exactas, pueden ser aún más importantes para comprender los procesos que se estudian.

Se refuerza la tendencia a separar niveles o esferas de la realidad como campos y objetos de disciplinas científicas diferentes que llegan a institucionalizarse: lo económico para la economía; lo político, lo social, lo cultural, para la ciencia política, la sociología, la antropología, entre otras. Estas características de la ciencia económica «neoclásica», pueden ser percibidas en cualquiera de los tratados micro y macroeconómicos que la exponen sistemáticamente, y son explícitamente postuladas por sus máximos representantes.⁴

Que la ciencia económica haya adoptado estas características no se explica sólo por la existencia de un clima cultural y científico favorable a tales modos de pensar y de conocer, sino también, y de modo sustancial, porque en esta fase se desarrollaron en la realidad de los

⁴ A. Marshall, por ejemplo, escribe: «La posibilidad de medir de manera exacta en dinero los móviles de la vida de los negocios ha permitido que la economía haya superado a todas las demás ramas de las ciencias sociales, si bien, naturalmente, la economía no puede compararse, en exactitud, con las ciencias físicas...» (A. Marshall, Principios de economía, Aguilar, Madrid 1957 pag 14)



procesos y estructuras económicas concretas ciertas condiciones particulares que hicieron posible su conocimiento «científico», así entendido.

La ciencia económica define como objeto propio de estudio el mercado (ya no el trabajo, la riqueza y el gobierno del orden de las naciones). Cuando el mercado asumió ciertas formas, estructuras y dinanismos que hicieron posible su estudio conforme a leyes de regularidad sobre la base de datos objetivos, métodos codificados e hipótesis predictivas, cuantificando su conocimiento con variables y fórmulas, y separándolo de los dinanismos culturales, políticos, psicológicos, etc.

Se trata, ciertamente, de un determinado mercado que se configuró en una época histórica particular, pero que los economistas teorizaron como absoluto y universal. Debemos, pues, identificar históricamente aquel mercado que hizo posible su teorización por parte de una ciencia económica de las características señaladas.⁵

En términos generales puede decirse que se trata de la implantación y consolidación del programa económico-político del liberalismo que había sido teorizado en la fase «clásica» de la economía. Ya no se trata, entonces, del movimiento teórico por el libre cambio, sino de la realización práctica, la organización y la administración del mismo, que se impone y generaliza como mercado capitalista de competencia. Lo que la ciencia económica hace en esta nueva fase es exponer abstractamente la racionalidad particular de aquel mercado, aportándole justificación teórica y ulterior coherencia.

Una economía de competencia o de «libre mercado», es aquella en que los procesos económicos son resultado de una multitud de iniciativas y de grupos autónomos que deciden en función de sus propias motivaciones, intereses, proyectos y las actividades – de trabajo, inversión, comercio, consumo, ahorro, etc. – mediante las cuales buscan satisfacer sus necesidades y ampliar su posición relativa en el mercado. Podemos decir, pues, que en este mercado operan infinitos arbitrios individuales, y el conjunto se mueve y es causado por decisiones y actividades independientes que se entrelazan e influyen mutuamente.

⁵ Respecto del problema planteado resultan preciosas algunas sintéticas pero profundas afirmaciones de A. Gramsci y que es oportuno consignar aquí: «Hubo un período en que no podía haber «ciencia» no sólo porque faltaban los científicos, sino porque faltaban ciertas premisas que creaban aquella «regularidad» o aquel cierto «automatismo» cuyo estudio da origen precisamente a la investigación científica. Pero la regularidad y el automatismo pueden ser de tipos diversos en los diversos tiempos; y ello creará distintos tipos de «ciencia».



Sin embargo, esta multitud de arbitrios, decisiones y actividades independientes no se resuelven en un caos, sino que confluyen en un sistema ordenado y (relativamente) coherente, cuyo funcionamiento de conjunto puede ser formalizado teóricamente y dirigido conscientemente. La interrogante es, entonces, la siguiente: ¿cómo es que la multitud de actividades y decisiones independientes y libres es reducida a una unidad y coherencia y el mercado no se desenvuelve inorgánica sino ordenadamente?

En el caos de las economías planificadas o dirigidas por un órgano estatal centralizado el problema no existe, o mejor, es de fácil solución teórica. La coordinación de las decisiones y actividades se explica allí, evidentemente, por la acción dirigente de este sujeto de decisión y control central que, habiendo excluido a los individuos y a los grupos intermedios de las principales decisiones relativas a los objetivos y los medios de su actividad, impone al proceso económico una racionalidad y un orden determinado.

Para explicar la coordinación y el orden de las economías de mercado de competencia, la teoría económica – desde D. Ricardo a K. Marx y los neoclásicos – ha postulado que el mercado funciona y evoluciona conforme a leyes objetivas y mecanismos automáticos que regulan las decisiones y acciones independientes, coordinándolas en una estructura macroeconómica racional. Se ha difundido un tipo homogéneo de hombres, el homo oeconomicus, que despliega comportamientos homogéneos. La clase capitalista ha impuesto su modo de ser, generalizando las relaciones de intercambio, el espíritu competitivo, el afán de lucro y la acumulación.

Como consecuencia de lo anterior la fase neoclásica de la ciencia económica tiene una vigencia reducida, porque la economía real no se deja encuadrar en un sistema de conceptos limitados, y porque una serie de procesos del mercado vienen a debilitar los comportamientos económicos regulares, creando desequilibrios crecientes en las relaciones de fuerza establecidas.

En efecto, el proceso de universalización económica, política y cultural de la clase burguesa y la difusión del tipo humano requerido por el desarrollo de la economía capitalista, encontró, pronto, límites históricos y estructurales. El proyecto liberal comienza a poner de manifiesto sus contradicciones, su utopismo, la no-correspondencia de sus supuestos teóricos con los datos cambiantes de la realidad. Se generan procesos de concentración económica, surgen monopolios en distintos sectores de la actividad, se producen desequilibrios monetarios, aparecen fenómenos inflacionarios y recesivos, todo lo cual va alterando los equilibrios precedentes y las relaciones de fuerza constitutivas del



mercado capitalista. El deterioro se agudiza con las frecuentes recesiones que conducen a la «gran crisis» del sistema liberal.

La «gran crisis» de los años treinta es constitutiva de una nueva situación del mercado, determinado sobre la base de la cual la ciencia económica abandona muchos presupuestos de la teoría neoclásica, y entra en la que podemos considerar como una tercera fase de su evolución.

Es la fase abierta por las elaboraciones de Keynes, en la que el centro de la atención se desplaza al estudio de las políticas económicas del estado. El objeto de estudio de la disciplina experimenta una importante ampliación en cuanto al mercado –concebido siempre en los términos restringidos en la fase neoclásica–, se agrega la acción del Estado como nuevo sujeto de acción económica relevante. Tema central de investigación es precisamente la relación entre mercado y Estado.

Ha sido el cambio en la realidad económica lo que ha motivado y exigido el cambio en la ciencia económica. En esta fase se abandona la concepción del Estado como simple fuerza que garantiza los derechos de propiedad y el funcionamiento autónomo del mercado, porque el Estado se ha levantado como categoría organizadora de actividades económicas sustantivas y como elemento clave de coordinación de las decisiones, a través de las cuales se establecen las correspondencias y equilibrios entre las variables económicas más importantes. Han entrado a la escena económica las relaciones y actividades propias del sector regulado, de modo que ya es imposible comprender los flujos de riqueza, la asignación de los recursos y la distribución de los ingresos sobre la base de las solas relaciones de intercambio.

Las regularidades y automatismo del mercado explicados por los neoclásicos siguen operando parcialmente, sin tener ya la fuerza para regular el mercado; sus «leyes» interactúan con sistemas decisionales que proceden de una distinta lógica económica, y dejan en consecuencia de ser suficientes para explicar los fenómenos y procesos económicos concretos.

La ciencia económica, para comprender los procesos reales y dirigir la economía en un contexto en que se combinan racionalidades económicas diferentes, se ve precisada a abandonar su anterior pretensión de construir un modelo abstracto universalmente válido; procede, en cambio, a una búsqueda teórica crecientemente compleja, que incorpora nuevos elementos de la realidad empírica tendiente a comprender los mecanismos de funcionamiento que ha alterado notablemente sus dinanismos fundamentales.





Su preocupación principal ya no es la comprensión del equilibrio, sino del crecimiento: interesa menos identificar las condiciones de equilibrio macroeconómico que las premisas eficientes del desarrollo en el ámbito nacional e internacional.

Keynes, de hecho, pone en duda que los comportamientos supuestos por los teóricos del libre cambio se verifiquen prácticamente, y sobre todo cuestiona que la evolución de conjunto de la economía resulte exclusivamente de los comportamientos de los agentes económicos privados. Por eso, reexamina completamente los «factores objetivos» y «subjetivos» que determinan el consumo y la inversión.⁶

De este modo Keynes efectúa una verdadera revolución en la ciencia económica, más decisiva de lo que él mismo cree y de lo que suele reconocerse. El cambio, en efecto, no se limita a la teorización de una política económica distinta al liberalismo, en cuanto fundamenta la intervención y no-neutralidad del Estado en la asignación de recursos. Aunque no parece ser plenamente consciente de ello, Keynes, en realidad, teoriza la transformación del poder estatal en categoría económica organizadora que procede con una lógica distinta al capital con base en relaciones económicas de otro tipo, que son las de intercambio.

Las anteriores tres fases de la ciencia económica –clásica, neoclásica y keynesiana-, constituyen una secuencia de las grandes corrientes del pensamiento económico, predominantes no sólo en el desarrollo teórico de la disciplina sino también en el plano instrumental concretamente utilizado por los principales sujetos de la actividad económica en las sociedades capitalistas; ellas teorizan los grandes procesos históricos que sucesivamente experimenta la economía (o mejor el mercado), desde la lucha por la implantación del programa liberal hasta la expansión de la intervención pública, pasando por la consolidación del modelo capitalista.

Pero esta panorámica visión de la evolución de la disciplina quedaría trunca, y en particular no nos permitiría el significado que tienen los pesimismo del pensamiento económico contemporáneo, si no consideráramos otra importante corriente del pensamiento económico –la marxista– que ha constituido permanentemente un elemento de crítica a las tendencias predominantes, y que ha cumplido roles decisivos en la evolución concreta de los procesos históricos.

Esta corriente del pensamiento económico nace precisamente como «crítica de la economía política», siendo su premisa fundamental la

⁶ J.M. Keynes, *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*. Fondo de Cultura Económica, Mexico-Buenos Aires, 1943.



afirmación de historicidad y caducidad del «mercado» y de los automatismos del capitalismo de competencia. El marxismo es una doctrina esencialmente crítica, expuesta en términos radicalmente polémicos, que funda y se pone al servicio de una causa política revolucionaria; la parte económica de esta doctrina es quizá la menos propositiva que tiene, pues no delinea teóricamente un proyecto sino que orienta a desmontar mecanismos de la lógica del capitalismo y a exponer sus contradicciones. Ello debe tenerse en cuenta para comprender el significado y lugar del marxismo en la evolución de la ciencia económica.

Las grandes orientaciones teóricas mencionadas constituyen el cuerpo básico de la disciplina. Lo que ha venido después no alcanza el status de nuevos paradigmas teóricos. Se ha tratado, en general, de la reposición de los mismos modelos conceptuales utilizando lenguajes renovados, de la compleja ramificación de tendencias secundarias, de la sofisticación de instrumentos de análisis y cálculo, o de intentos de combinar conceptos de diferentes orígenes en alguna teoría que los integre.

La economía, convertida en disciplina académica, refuerza su apariencia de objetividad; pero no por eso ha dejado de estar al servicio de diferentes y sucesivos programas políticos. El caso tal vez más evidente lo constituye el pensamiento económico neo-liberal, que desarrollado en grandes centros universitarios donde ha adquirido el prestigio y dignidad de una supuesta ciencia pura, proporciona en los hechos el encuadramiento ideológico de poderosos procesos de reestructuración e internacionalización de los mercados contemporáneos, al tiempo que en los mismos centros universitarios se forma el profesional y político necesario para su puesta en práctica.

Hay que considerar, además, que las orientaciones teóricas que van siendo desplazadas han continuado desarrollándose como corrientes de pensamiento económico que sigue aportando conocimientos e influyendo en las decisiones y procesos prácticos. Precisamente porque en la economía real se combinan racionalidades diferentes, las concepciones económicas que las teorizan encuentran siempre elementos empíricos y prácticos en qué apoyarse, y fuerzas económicas reales que se apoyan en ellas para promover sus intereses e impulsar la expansión de aquella racionalidad que les es propia. Los debates económicos tienden, en consecuencia, a politizarse, y los economistas, sin abandonar la pretensión de hacer ciencia exacta, objetiva y universal, se encuentran subordinados en la práctica, y como «ingenieros-comerciales» se convierten en gestores de programas macro-económicos o en administradores de empresas.



Ahora bien, las observaciones, muy someras, que hemos hecho en torno a la evolución de la ciencia económica no tienen la intención de dar cuenta del valor intrínseco y de las limitaciones que tengan las grandes elaboraciones mencionadas. Las distintas teorías económicas son, en síntesis, modelos elaborados a partir de comportamientos humanos observables; pero las teorías económicas han efectuado simplificaciones en sus análisis de los comportamientos humanos que son objeto de teorización científica. Su coherencia teórica la han alcanzado reconociendo sólo algunos de los comportamientos económicos existentes y dejando fuera de su campo de interés todo lo demás.

En particular no han considerado ni incorporado conceptualmente, en sus modelos teóricos, aquellos comportamientos que desarrollan los grupos o sectores sociales que definen su función sobre la base de la posesión y aportación de factores o categorías económicas distintas del capital; o más exactamente, al considerar estos factores lo han hecho sólo en cuanto se mantienen bajo la organización del capital y del Estado, o sea, cuando dan lugar a comportamientos subordinados a las racionalidades capitalistas y estatistas.

Los comportamientos resultantes de una gestión autónoma, en función organizadora, de factores como el trabajo y la tecnología, no han interesado a los economistas. Sólo el capital y el poder público (o Estado) han alcanzado carta de ciudadanía como categorías económicamente relevantes para la teoría, y por ello, sólo las relaciones de intercambio y las de tributación y asignación jerárquica (junto a las incidencias redistributivas derivadas de éstas), han sido reconocidas como relaciones con significado económico. Esta simplificación es explicable históricamente.

Las relaciones de cooperación, de donación, distintas formas de economía solidaria, no han dejado de estar presentes, a menudo significativamente, en el mercado; pero el predominio de la economía capitalista y de la economía regulada han sido tales, subordinando a las demás actividades y relaciones económicas, que modelos teóricos que desconocen estas modalidades alternativas han tenido cierta efectiva capacidad interpretativa y de conducción de los procesos y tendencias económicas globales.⁷ La economía de la solidaridad plantea desafíos quizá más difíciles de resolver por la disciplina que los que le ha puesto la economía regulada, no porque sus problemas sean más complejos, sino debido a que su racionalidad específica es no sólo

⁷ Para profundizar en propuestas de categorías económicas alternativas recomiendo consultar: Manfred Max-Neff. *Economía Descalza, señales desde el mundo invisible*. CEPAUR-NORDAN. Santiago de Chile, 1984. Manfred Max-Neff. *Desarrollo a escala*



muy distinta, sino que, además, contradice premisas y postulados esenciales sobre las que se ha construido, hasta ahora, la ciencia económica (producir con solidaridad, distribuir solidariamente, consumir solidariamente). No resulta fácil, por ejemplo, para un economista acostumbrado a pensar que la mejor combinación de factores se obtiene pagando el mínimo de los recursos externos requeridos, aceptar que una óptima asignación de recursos puede lograrse con el criterio de maximizar lo que cada sujeto esté dispuesto a dar a los demás.

3. Pesimismo en el pensamiento económico moderno

La absolutización de la racionalidad capitalista pareció definitivamente superada en ciencia económica cuando la actividad estatal irrumpió desestabilizando los precedentes modelos conceptuales, al introducir en la realidad económica – en los procesos de producción, distribución y consumo – una lógica operacional completamente distinta de la que se suponía normal en el comportamiento de los sujetos económicos. La ciencia económica, en efecto, no es puramente «objetiva», sino también simultáneamente «normativa»; emite juicios de realidad entramados con juicios de valor, o dicho en forma más exacta, en sus juicios de realidad están implícitos determinados juicios de valor. Es así porque más allá de las apariencias, todo juicio económico es una apreciación relativa al comportamiento humano, a una praxis social subjetiva (de sujetos) de cuya connotación valórica no puede prescindirse. En consecuencia, las teorías y concepciones económicas influyen permanentemente en las decisiones que adoptan los agentes económicos, al dirigir sus negocios, al planificar, al definir las políticas económicas, etc., en este orden de ideas la ciencia económica experimenta una situación paradójica. Como nunca antes, se han multiplicado en estas últimas décadas los esquemas teóricos, se han perfeccionado los instrumentos de análisis matemático, y se ha incrementado – en cantidad y rigor – las informaciones relativas a los diferentes aspectos y tendencias de los procesos económicos. Y sin embargo, como nunca antes, la ciencia económica evidencia tantas dificultades e insuficiencias en la comprensión de los procesos económicos, en la previsión de sus tendencias y variables, y en la proposición de las políticas adecuadas para resolver los desajustes y desequilibrios crecientes que se observan en la realidad.⁸ Y, es interesante observar que esta situación paradójica se manifiesta en

humana una opción para el futuro. CEPUR Santiago de Chile, 1993. Luis Razeto Migliaro. Fundamentos de una teoría económica comprensiva. S.R.V. Impresos S.A. Santiago de Chile, 1994. Luis Razeto Migliaro. Economía de solidaridad y mercadeo democrático. S.R.V. Impresos S.A. Santiago de Chile, 1997.

⁸ Los economistas se tornan bastante silenciosos y discretos ante los duros ataques provenientes de analistas de muy diversos horizontes. Pensemos en los numerosos libros





sociedades con distintos regímenes económicos y políticos y con diferentes grados y estilos de desarrollo.

Esta situación en que se encuentra la ciencia económica podría ser entendida como una «crisis» si al término le fuese restituido su significado filosófico, como fase de un proceso evolutivo caracterizada por una escisión creciente entre teoría y práctica, por la fragmentación del pensamiento y de las prácticas sociales, por crecimientos inorgánicos que generan desajustes recurrentes y problemas que se prolongan sin solución, y que marcan un deterioro, tendencia cuya reversión hace indispensable la adopción colectiva de opciones radicales capaces de reorientar globalmente el desarrollo futuro.

Esta «crisis» de la ciencia económica, probablemente, se vincula a los desajustes crecientes que se manifiestan en las relaciones entre economía y política, entre «mercado» y Estado, entre economía de intercambios y economía regulada, y al hecho que los comportamientos económicos de los hombres (y de los distintos sujetos organizados de actividad económica) son cada vez más complicados, en cuanto mezclan elementos que responden a distintas lógicas operacionales, precisamente, porque se desenvuelven en un contexto crecientemente complejo y enmarañado.

Fenómenos como los indicados requieren, ciertamente, análisis particulares; su mención aquí sólo tiene el propósito de poner de manifiesto cómo las insuficiencias críticas que presentan hoy las teorías económicas derivan de dificultades crecientes que existen, por un lado, para capturar teóricamente (expresar en conceptos simples) los comportamientos humanos, individuales y sociales que están cambiando aceleradamente (por causas tecnológicas, económicas, políticas y culturales que han sido objeto de numerosos estudios), y por otro, para integrar en una elaboración teórica unitaria la globalidad de las lógicas económicas presentes, hoy, en los mercados determinados.

Hoy se requiere desarrollar nuevos comportamientos, y no sólo nuevos conceptos y teorías. Y en ello, una vez más, la teoría puede cumplir un papel decisivo, otorgando coherencia y potenciando prácticas sociales dadas o emergentes, y proponiendo otras nuevas. Pero esta vez, es

que los ponen en el banquillo de los acusados: Omar Aktouf. La estrategia del avestruz racional; Albert Jacquard. Yo acuso a la economía triunfante; Vivian Forrester. Los horrores de la economía una extraña dictadura; Michel Chossudovski. La mundialización de la pobreza; Karl Polanyi. La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo, etc.- o en eventos muy recientes que deberían sacudir una cierta cantidad de sus certezas, como la atribución del premio Nobel a Amartya Sen; diferentes foros económicos de carácter local y mundial.



preciso no ocultar la dimensión ética y valórica de la elaboración, puesto que no tiene ahora que avergonzarse de sí misma, y porque se ha demostrado definitivamente falsa la pretensión positivista de fundar un juicio perfectamente neutro y objetivo respecto de las actividades y relaciones humanas, que tienen un contenido subjetivo intrínseco. En este sentido, John Kenneth Galbraith, nos hace una descripción de los procesos que han conducido de la filosofía social a la pretendida ciencia económica aseptizada, eximida de todas las preguntas sobre finalidad y ética y su obsesión en imitar las grandes ciencias – particularmente la física- cuando se comenzó a asistir a una supermatematización (denominado econometría) del pensamiento económico, que serviría perfectamente a los fines de tal amputación, para lo cual se podrían plantear preguntas como esta: ¿Dónde están las pruebas empíricas y las verificaciones experimentales sobre la validez de las conclusiones extraídas de kilómetros de cálculos que se publican en serie en las revistas especializadas (conclusiones que sirven para apoyar y legitimar decisiones corporativas o gubernamentales que a menudo comprometen la vida y el destino de centenares de millones de personas)? Al respecto quiero realizar las siguientes citas: Bernard Maris «No se pueden deducir de los axiomas todas las verdades matemáticas; la aritmética nunca demostrará la consistencia de la aritmética»; Maurice Allais, Premio Nobel de economía: «Existe una tendencia a sustituir el estudio de la historia, el análisis profundo de los errores del pasado, por simples afirmaciones, muy a menudo apoyadas en simples sofismas, en modelos matemáticos irreales y en análisis superficiales de las circunstancias del momento»⁹

El replanteamiento de cuestiones tales como, ¿para qué producir?, ¿para qué enriquecerse?, ¿quién se enriquece?, ¿cómo?, ¿hasta qué límites?, ¿en detrimento de quién y de qué?, no son vaguedades filosóficas de la sensiblería social izquierdista, tercermundista, ociosa, subversiva y nefasta. Estamos convencidos de que la no-erradicación de toda consideración moral o ética es la condición sine qua non para la consagración de la economía como ciencia.

⁹ Cuando los mismos responsables de instancias como el Foro de Davos, y los dirigentes del FMI y del Banco Mundial, terminan por confesar errores de cálculo, de previsión, de presupuestos teóricos y de acciones, no se trata de simples errores aritméticos o matemáticos: es algo mucho más profundo. Es una visión de mundo que está siendo cuestionada; sin embargo, hay que preguntarse si estamos dispuestos a extraer las consecuencias y hacerles frente.





BIBLIOGRAFÍA

El lector puede encontrar una serie de trabajos interesantes que se tomaron como referentes bibliográficos para la elaboración del tema objeto de este ensayo. Hemos escogido estas lecturas, bien por ser escritos pioneros en la materia, bien por su valor didáctico.

AKTOUF, Omar. La Estrategia del Avestruz Post-globalización, Management y Racionalidad Económica. Editorial Universidad del Valle. (2004).

CUEVAS, Homero. Valor y Sistema de Precios. Editorial Universidad Nacional. (1986).

CHANLAT, Jean Francois. Ciencias Sociales y Administración. Fondo Editorial Universidad Eafit. (2002).

KEYNES, J.M. Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero. Fondo de Cultura Económica, México (2000).

MARX, Karl. El Capital. Crítica de la Economía Política. Fondo de Cultura Económica, México. (1976).

MAX-NEFF, Manfred. Desarrollo a Escala Humana una Opción para el Futuro. CEPUR, Santiago de Chile, (2003).

_____ La Economía Descalza. CEPUR, Santiago de Chile, (1982).

POLANYI, Karl. La Gran Transformación los Orígenes Políticos y Económicos de Nuestro Tiempo. Fondo de Cultura Económica, México, segunda edición en español, (2003).

RAZETO Migliaro, Luis. Fundamentos de una Teoría Económica Comprensiva. Ediciones PET, Santiago de Chile. (1988).

RICARDO, David. Principios de Economía Política y Tributación. Fondo de Cultura Económica. (1987).

SCHUMPETER, J.A. Capitalismo, Socialismo y Democracia. Ediciones Folio S.A. (1984).

SMITH, Adam. La Riqueza de las Naciones. Editorial Orbis S.A. (1985).



WEBER, Max. Economía y Sociedad. Fondo de Cultura Económica, México. (2003).

_____ La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo. Fondo de Cultura Económica, México. (2003).



 **Simón Andrés Idrobo Z.**

Contador Público (Universidad del Cauca). Profesor tiempo completo Universidad del Cauca. Magíster en Administración Especialidad en Finanzas (Instituto Tecnológico de Monterrey México ITESM). Miembro académico del CCINCO.